

Capítulo VI: Las asambleas hoy 105
 Ana María Fernández, Laura Rivera, Candela Cabrera
Septiembre de 2005

Capítulo VII: Algunos devenires asamblearios: 129
 Economía solidaria, economía de resistencia
 y movida cultural
 Ana María Fernández, Laura Rivera, Candela Cabrera
Octubre de 2005

SEGUNDA PARTE

Capítulo VIII: Brukman: de las estrategias 161
 de supervivencia a la autogestión
 Ana María Fernández, Mercedes López,
 Xabier Imaz, Cecilia Calloway
Septiembre de 2004

Capítulo IX: La capacidad productiva de las tensiones 185
 Ana María Fernández, Xabier Imaz, Cecilia Calloway
Julio del 2005

Capítulo X: La invención de las fábricas sin patrón 201
 Ana María Fernández, Xabier Imaz, Cecilia Calloway
Octubre de 2005

TERCERA PARTE

Capítulo XI: Lógicas colectivas de la multiplicidad: 243
 Cuerpos, pasiones y políticas
 Ana María Fernández
Noviembre de 2005

Colectivo Situaciones: *Queríamos empezar preguntándoles ¿Qué llevó a un equipo de una cátedra universitaria a investigar asambleas y fábricas recuperadas?, ¿Cómo llevaron a cabo ese trabajo? Notamos que el libro en su conjunto posee varios niveles –metodológico, de registro, teórico– y a la vez un notable esfuerzo por contener la opinión propia, para dar cuenta de los acontecimientos privilegiando las voces de sus protagonistas y trasladar ese punto de vista a otras dimensiones de la composición integral del texto. ¿Podrían comentar cómo fueron los procesos de elaboración de escritura del texto, por medio de qué registros?*

Equipo de investigación: Llegamos a los primeros cacerolazos y luego a asambleas y fábricas recuperadas con más preguntas que respuestas. No coincidíamos con las primeras caracterizaciones que aparecían en diversos espacios acerca de lo que estaba sucediendo; teníamos cierta incomodidad ante las interpretaciones que se realizaban; daba la impresión que esas lecturas dejaban muchas cuestiones por fuera; así es que fuimos a indagar los acontecimientos. Allí nos interesaba fundamentalmente tratar de *elucidar* la especificidad de esa singularidad política que se produjo a partir del 19 y 20 de diciembre del 2001. Desde nuestra perspectiva, cuando se intentaba analizar estas formas de organización horizontal desde criterios válidos para colectivos organizados, desde otras formas de producción

de poder, se invisibilizaba la novedad de estas experiencias.

La potencia, la capacidad de invención y de acción de un colectivo que trabaja en horizontalidad tiene una fuerza, una intensidad muy diferente a aquella que se genera en agrupamientos en los que se dan formas de organización de partido o de sindicato (cualquiera sea el grado de burocratización que presenten) o que siguen a un líder (cualquiera sean las ideas que los guíen); por eso nos ha interesado indagar los procesos autogestivos que allí se instalaron desde un principio.

De nuestra parte se fue construyendo una modalidad que se propuso operar con preguntas abiertas, trabajando siempre en el límite de lo que se sabe. Obviamente, la indagación no se ha realizado sin un posicionamiento, pero éste no ha pasado por expresar opinión o fijar posición sino que queda situado por el tipo de interrogaciones que se formulan y por las operatorias de lectura que se realizan; como podrán observar la pregunta por la *radicalidad política* recorre el conjunto de los capítulos.

En tal sentido, hemos buscado desarrollar una narrativa en torno de una modalidad o estilo de lectura que opera problematizando los procesos que indaga; no cierra juzgando, caracterizando o haciendo clasificaciones. Privilegiamos las voces de asambleístas y obreras/os –incluso cuando en sus discursos afloraban contradicciones muy visibles, no intentamos esclarecerlas con opiniones nuestras– ya que nos parecía necesario distinguir y puntuar de qué se tratan estas experiencias de modo tal que se pueda mostrar cómo se producen las transformaciones de la dimensión política de la subjetividad. Asimismo, la elección de priorizar las preguntas se acompañó con un criterio que implicaba *estar ahí*, en esos espacios, poniendo nuestras herramientas a disposición.

C.S.: *Les queríamos preguntar sobre el modo en que funciona en su investigación la cuestión –enorme– de la subjetividad. Sobre todo porque en este momento todo el mundo habla de subjetividad, y a veces tenemos dudas sobre qué noción es realmente la que está en juego en esos usos. En principio, nosotros comprendemos la subjetividad como*

un proceso directamente político, de generación de una inteligencia y una afectividad colectiva, y no como una dimensión pre o extra socio-histórica. Tendemos a pensar la subjetividad como aquello que se produce materialmente en todo acto productivo, cualquiera sea. Y hemos constatado en nuestra propia experiencia la riqueza que fue desplegada en la Argentina de los últimos años. De allí nuestro interés por este tipo de investigaciones, en las que se trabaja con manifestaciones –asambleas y fábricas recuperadas– muy concretas de dicha producción, y a las que cabe interrogar por el tipo de subjetividad que engendran. Por lo mismo, entonces, que “todo es subjetividad” (sea como producción de subjetividad o bien subjetividad producida) nos parece interesante comenzar por una serie de precisiones sobre qué cosa entienden específicamente con esta palabra y cómo han elaborado sus conceptos en torno a la subjetividad.

E.I.: Con la noción de *producción de subjetividad* aludimos a una subjetividad que no es sinónimo de sujeto psíquico, que no es meramente mental o discursiva sino que engloba las acciones y las prácticas, los cuerpos y sus intensidades; que se produce en el *entre* con otros y que es, por tanto, un nudo de múltiples inscripciones deseantes, históricas, políticas, económicas, simbólicas, psíquicas, sexuales, etc. Con el término *producción* aludimos a considerar lo subjetivo básicamente como proceso, como devenir en permanente transformación y no como algo ya dado. Presenta el desafío de pensar la articulación entre los modos sociales de sujeción y su resto no sujetado.

No se trata de un sujeto interior y un social histórico exterior a los que habría que tratar de poner en relación. Se trata de pensar una dimensión subjetiva que se produce en acto y que construye sus potencias en su propio accionar.

A su vez, hablar de *dimensión política de la subjetividad* implica pensar las dimensiones deseantes de la política y las dimensiones políticas del deseo; en ambos movimientos se vuelve estratégico pensar los cuerpos en clave de afectaciones e intensidades colectivas.

Las acciones políticas registrables son sólo una de las bases mate-

riales de la producción política. Así como la subjetividad no puede pensarse sólo como mental, la política no puede pensarse sólo como ideas o prácticas. Las acciones políticas tampoco son sólo discurso o pura acción sin encarnadura.

Las conceptualizaciones que vamos elaborando confrontan con una modalidad –bastante difundida en el campo “psi”– que interviene en los fenómenos sociales *psicologizando lo social*. Así por ejemplo la dimensión política de la subjetividad suele ser un fuerte impensado del psicoanálisis y de las psicologías sociales. En el mismo sentido puede decirse que la dimensión subjetiva también ha sido un impensable para “la política”. Suponer que política y subjetividad son territorios diferentes es una herencia del “conflicto de las facultades” y de un modo de pensar en términos binarios que de alguna manera reproduce la vieja antinomia individuo/sociedad. Conforman un paradigma epistémico y político del que tratamos de desmarcarnos desde hace muchos años.

Delimitar como territorios separados y hasta antagónicos cuestiones referidas a los individuos y cuestiones referidas a las sociedades ha sido toda una operatoria política de varios siglos. Del mismo modo las estrategias de psicologización de lo social han sido una herramienta decisiva en el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Si bien es necesario distinguir las especificidades de ambas dimensiones, es necesario subvertir las territorializaciones que las ubicaron como campos antagónicos. Desde ya, si esa territorialización que implicó todo un disciplinamiento en la producción de conocimientos ha sido una operatoria política, subvertir dicha territorialización y desdisciplinar los campos de saberes, también lo será.

El pensamiento político que ha mantenido como un impensado la dimensión subjetiva del accionar político, suponiendo como determinantes casi excluyentes las estructuras económicas y los posicionamientos de clase, ha tenido altos costos. De allí que podemos decir que la pregunta insoportable de Wilhelm Reich se mantiene vigente ¿cómo las masas alemanas *desearon* el nazismo? Ustedes subrayan bien la idea de *lógicas productivas*: la lógica pro-

ductiva de la política produce subjetividad y la lógica productiva de la subjetividad produce política. Y cuando aquí se usa el término *política* éste incluye que las interacciones entre las personas en algún punto, necesariamente, dirimen cuestiones de poder.

Una de las cuestiones que a partir de esta investigación nos ha resultado muy contundente es que en la articulación de política y subjetividad es imprescindible *pensar los cuerpos*: cómo operan, cómo se potencian y despotencian, cuándo arman masa, cuándo se singularizan, etc. Es decir que para pensar la dimensión política de la subjetividad o la dimensión subjetiva de la política es necesario habilitar herramientas que den cuenta de intensidades y afectaciones muchas veces más allá de las problemáticas del sentido y la representación. No hay que olvidar que mantener las intensidades de los cuerpos como un impensado abre el camino a distintos tipos de pensamiento esencialista.

Es notable que ni en las *fábricas sin patrón* ni en las asambleas barriales se encuentran necesariamente las transformaciones subjetivas que clásicamente han anhelado las izquierdas. El hecho de que un obrero o una obrera descubra la *plusvalía* puede no producir en ellos ninguna gran transformación clasista. Era impactante escuchar “¡sabés que en dos días pagamos todos los sueldos!”; hasta ese momento no se habían dado cuenta que ellos habían sido productores de importantes ganancias de las que no participaban y sobre las que tampoco decidían.

Ahora bien, no va de suyo que este *descubrimiento*, que es en acto, en situación, devenga necesariamente en “conciencia de clase” o en voluntad revolucionaria. Es decir que esta reconfiguración de la comprensión de su realidad que allí –en ese acto– se produce no necesariamente estará acompañada de un tipo de anhelo político predeterminado que marcará un rumbo de acción preestablecido.

CS: ¿Y esto qué indica?

E.I.: Si pensamos en términos de producciones de subjetividad esto no necesariamente implica que se constituya una molaridad o es-

tabilidad. Se producen diversos *insights* pero para que éstos tengan consecuencias “clasistas” necesitarían formar parte de una revuelta que conmocionara y atravesara toda la sociedad. Justamente es esta idea de revolución la que ha desfondado su sentido.

Aquí tal vez sea útil distinguir la noción foucaultiana de *modos históricos de subjetivación* de la idea de *producción de subjetividad*. Los modos de subjetivación son formas de dominio, pero siempre se mantiene un resto o exceso que no puede ser disciplinado y que genera malestares diversos. Es desde allí desde donde pueden establecerse las líneas de fuga, las posibilidades de inventar, de imaginar radicalidad, de producir transformaciones que alteren lo instituido; de esto se trata la producción de subjetividad.

Las experiencias autogestivas de asambleas barriales y fábricas recuperadas han sido *experienciarios* permanentes de producción de subjetividad; quienes de ellos participan han inventado prácticas de trabajar y de vivir, de relacionarse y de afectarse muy distintas a las habituales. Pero nos parece que sería construir nosotros una nueva molaridad, si pensáramos que estas transformaciones afectan a todos por igual y que han emprendido un camino lineal y progresivo hacia una transformación del conjunto de la sociedad.

Es necesario aclarar que las estrategias de dominio que forman parte de los modos de subjetivación operan en todos los niveles de la vida no sólo en la conciencia. Por eso destacamos que una de las cuestiones muy importante que lograron fue *descomponer sus cuerpos de clase*, es decir desarmar las sujeciones de sus cuerpos fabriles. Hasta ahí es hasta donde lo vamos pensando y todo está sujeto a revisión.

C.S.: ¿Estos procesos de transformación lograrían formar ciertas fronteras donde quedarían establecidas nuevas formas de subjetividad?

E.I.: En principio habría que tener en cuenta que se trata de *ensayos*, de experiencias de invención colectiva, donde no se puede aún determinar qué es lo estable y qué no lo es. Las transformaciones que se producen no son lineales sino que establecen múltiples de-

rivas; por lo tanto nadie está en condiciones de anticipar hacia dónde irán. Tampoco afectan a todos por igual. Se producen nuevas prácticas, algunos sentidos cambian pero también hay mucho que permanece.

En *las fábricas sin patrón*, por ejemplo, muchos dicen: “no volveremos al trabajo esclavo” y fue muy impactante ver cómo día a día, minuto a minuto, pasaban los límites de lo imaginable horas atrás y cómo en cada uno de estos saltos iban cayendo las naturalizaciones de las lógicas fabriles capitalistas.

Imaginar que ellos eran capaces de volver a poner la fábrica en funcionamiento, producir sin gerentes ni patrones, inventar cómo comprar y producir sin capital, aprender a vender y a llevar la contabilidad, inaugurar nuevas eficiencias fabriles sin disciplinas tayloristas, no fue sencillo. Disfrutaban sus invenciones y transitaban los miedos de entrar en caminos tan desconocidos. En muchos de ellos se han operado verdaderas “revoluciones” y así lo dicen. Sin embargo, esto no excluye que en algunos casos puedan retomarse prácticas propias de la fábrica tradicional o que se puedan armar modalidades burocráticas en sus nuevas formas organizativas.

El riesgo de pensarlo como reversible o irreversible es volver a totalizar. Para hilar más fino puede ser interesante detenerse en las prácticas que inventan y las afectaciones que éstas producen. Si pensamos que estas experiencias han roto una por una con todas las naturalizaciones de las lógicas capitalistas y que estos procesos subvertidores del orden del capital han roto con todo un dispositivo de control social instalado en los cuerpos fabriles, caen las certezas que suponen irreversibles las formas de dominio. Sin embargo, que estas invenciones se vuelvan perdurables, no depende sólo de ellas. Por eso es que, por lo pronto, lo que podemos decir es que estas experiencias lograron *tensar la heteronomía* más que producir autonomía.

Puede decirse que –de un modo minimal– han interpelado las lógicas capitalistas, lo que sin duda no es poco. Pero, si en las transformaciones subjetivas que se han producido para que las *fábricas sin patrón* sean posibles buscáramos el nuevo sujeto social, estaríamos otra vez perdiendo de vista la especificidad de estos procesos.

C.S.: Lo que ustedes nos están contando es que no es posible hallar los signos que busca cierta izquierda que pretende encontrar en todos los procesos de subjetividad "obrera" los términos del pasaje de la clase "en sí" a la clase "para sí". Como si todo lo que pasara en una fábrica estuviera destinado a suceder según un guión previo que culminara, siguiendo pasos predeterminados, en una conciencia revolucionaria. Y de hecho, como ustedes lo cuentan, los obreros pueden comprender muy bien el mecanismo de la plusvalía sin que este "descubrimiento" venga seguido automáticamente de un deseo revolucionario. Ahora, si uno suspende el requisito de la conciencia de clase como criterio último de comprensión, y se dispone a seguir las derivas realmente existentes en la producción de subjetividad en estas experiencias, es claro que las políticas del Luis Farinello o Aldo Rico ya no quedan excluidas, y tienen chances, como tantas otras, de ligar con la experiencia de la fábrica.

E.I.: No es un asunto fácil. La noción marxista de clase supone que, en ese pasaje del "en sí" al "para sí", un colectivo construye homogeneidad y desde allí puede armar su historia. Los colectivos que nos ocupan generalmente rechazan homogeneizaciones y pertenencias estables; pueden hacer acuerdos puntuales con organizaciones políticas muy diversas pero generalmente resisten la idea de adherir, pertenecer, integrarse a organizaciones más amplias o a partidos políticos. Podemos pensar que el propio dispositivo autogestivo obstaculiza homogeneizaciones.

Así por ejemplo, en las asambleas barriales hubo fuertes discusiones en el 2003 respecto del voto a Kirchner y podían coexistir vecinos y vecinas que pensaban que un asambleísta sólo debía votar en blanco o abstenerse con otros que votaban con bastante esperanza a Kirchner pero seguían participando de la asamblea. También cuando en una fábrica están discutiendo qué hacer con el excedente de las ganancias, hemos escuchado frecuentemente que dicen "yo no quiero ser un obrero rico, sólo quiero ganar un salario digno". Están muy lejos de una "conciencia de clase", pero también de una lógica de vida que valora el éxito personal por los bienes que se puedan acumular.

En función de estas complejidades es que hemos insistido en que se trata de experiencias autogestivas que parten de *estrategias de supervivencia*. Con esto lo que queremos subrayar es que estas experiencias estuvieron atravesadas desde el principio por el imperativo de no perder el puesto de trabajo. Y allí justamente lo impredecible, lo que no puede dejar de sorprender, ha sido la voluntad política horizontal y autogestiva que han instalado. Que en plena ciudad de Buenos Aires, durante más de dos años, primero miles y luego cientos de vecinos y vecinas también se dieran formas de democracia directa y llevaran adelante semejante diversidad de emprendimientos, ha sido inédito. Como relatamos en el libro, las que aún permanecen mantienen estas modalidades de construcción política y lejos están de permanecer inactivas; hace muy poco tiempo una de ellas no sólo denunció una organización de trabajo esclavo en el barrio de Flores sino que ha jugado un papel muy importante en la documentación de los inmigrantes que allí trabajaban clandestinamente.

Suponer que estas experiencias han fracasado porque de allí no surgió una nueva dirigencia política, reclamarles que no concretaran en su literalidad el *que se vayan todos*, es un modo de pensar estas experiencias que, como decíamos, no puede captar su novedad, su especificidad. En ese sentido, más que medir conciencia de clase o pensar en términos de una determinada teoría, a nosotros nos ha resultado más fructífero preguntarnos: *¿En qué consiste la radicalidad de estas experiencias?*

C.S.: Nos pareció interesante su trabajo también desde otro punto de vista: por lo que implica como investigación propiamente universitaria, en un contexto de una universidad dormida, con su sueño de repetición burocrático-mercantil.

E.I.: Bueno, es claro que estamos instalados un poco a contramano de esta universidad; afortunadamente hay otros grupos como el nuestro que resisten cotidianamente la banalización, la burocratización, la mercantilización. Se trata de una dura resistencia cotidiana.

na tanto de los equipos como en cada uno de nosotros. Cada tanto inventamos algún *juguete rabioso*; a lo largo de estos años hemos aprendido que el modo de resistir las burocratizaciones y vaciamientos de sentido de nuestras instituciones es inventar.

En nuestro caso se trata de inventar otros modos de producción de conocimiento, otros modos de relaciones entre nosotros y con los alumnos. Sólo así se puede mantener el entusiasmo y no ser devastados por el vacío de sentido. A veces lo logramos. No se trata de lamentarnos nostálgicamente por una universidad que en otro tiempo fue mejor sino de habitar ésta haciendo diferencia.

Junto al desfondamiento de la producción de conocimiento y las profesionalizaciones tecnologizadas que han desaparecido al intelectual crítico ha habido –simultáneamente– un desfondamiento de la política universitaria. Nos referimos al progresivo reemplazo de la política de claustros por partidos políticos operando en la universidad. Hoy éstos ya no se enfrentan tanto por diferencias políticas sino por cómo reproducir sus aparatos clientelares. Y hay que decir con dolor que estos últimos procesos se han dado en el “período democrático”. Tanto el desfondamiento de la producción de conocimiento como el desfondamiento de la política universitaria han sido procesos profundamente funcionales uno al otro.

Esta crisis de la universidad pública es parte de un histórico social que ha configurado una forma particular de estado. Es un *estado estallado* pero muy activo donde lo público-estatal no desaparece, sino que se traviste. Este estado travestido ya no pretende regular desigualdades sino que destituye sus propios instituidos, vacía sus sentidos, camufla sus acciones.

Es importante hacer una caracterización del estado que dé cuenta de sus capacidades de captura y de asedio a incipientes autonomías. Parece increíble, pero este estado, aún estallado y travestido, es capaz de generar nuevamente la ilusión de amparo; es capaz de provocar la idea de que pueden arrancársele prebendas sin consecuencias. Desenmascarado una y otra vez en sus prácticas de impunidad –no sólo políticas sino también económicas e institucionales– mantiene su capacidad de traccionar prácticas autoges-

tivas hacia lógicas estatales y prácticas comunitarias hacia lógicas de mercado.

Así por ejemplo, las inercias burocrático-estatales que han operado en asambleas y fábricas recuperadas muchas veces han sido de gran eficiencia para devastar la potencia colectiva. Sin embargo estos colectivos resisten y –junto a este público estatal travestido– coexisten estas incipientes formaciones *ni privadas ni estatales*.

C.S.: *¿Cómo están pensando lo público en relación con este tipo de formaciones? ¿Cómo piensan lo público no estatal y los modos de la política en estos espacios?*

E.I.: Durante mucho tiempo, lo público estatal fue prácticamente tomado como sinónimo de lo público. Las experiencias autogestivas de asambleas barriales y fábricas recuperadas, en la construcción de sus horizontalidades, comenzaron a producir espacios ni privados ni estatales que hemos llamado *espacios social-comunitarios*. Son experiencias que no fundan institución sino que instalan situaciones. Rechazan desde un primer momento formas de organización que establezcan jerarquías, que operen por delegación o a través de representantes, etc. Ésta sería una de las principales características de este tipo de experiencias. Son situaciones que instalan un espacio público que está por fuera de lo público estatal; en las nuevas dimensiones de lo público se van constituyendo multiplicidades de islas autogestivas conectadas en redes y armando *lo común*.

Aquí hay algo importante a subrayar: las modalidades de construcción política de lo común que se instalan en horizontalidad, democracia directa y autogestión operan desde lógicas colectivas muy diferentes de aquellas que se instituyen buscando fundar institución, armar partido político o sindicato, organizaciones jerárquicas, etc. Básicamente es esta especificidad lo que hemos tratado de poner en evidencia a lo largo del libro. En tal sentido, en el último capítulo encaramos un intento de conceptualización en el que diferenciamos *lógicas colectivas de la representación* y *lógicas colectivas de la multiplicidad*.

C.S.: Nos gustaría saber si es políticamente útil para ustedes distinguir entre lo público-estatal y lo público como lo común, más allá del estado. De hecho, tenemos la impresión de que las alteraciones del estado en relación a la crisis del neoliberalismo no se comprenden sin la dinámica de disputa y producción del espacio público, como modo de invención de lo "público", en donde algo de lo público-común tiende a ser inscripto, de modo ambiguo, en lo público estatal. ¿Se produce, entonces, un espacio de lo público en la intersección entre lo que los movimientos lograron producir y lo que el estado no puede evitar incorporar? O de otra forma: ¿emerge una intersección entre elementos de sociabilidad que fueron producidos durante años por los movimientos y que se fueron imponiendo y un nuevo conjunto de restricciones que el estado por ahora debe respetar?

E.I.: Desde ya, políticamente es imprescindible distinguir entre lo público estatal y lo público como lo común. Justamente una de las características de una diversidad de actores políticos de los últimos tiempos es que suelen no girar al interior de los marcos público-estatales. De allí la dificultad que muchos políticos e intelectuales presentan para entender las lógicas colectivas que se ponen en acción en estos movimientos.

Al mismo tiempo, cuando se analizan experiencias como las relatadas en este libro, habría que tener la precaución de no suponer que desde el público-común que inauguran, necesariamente se opondrán a lo público-estatal. Nos parece más fructífero indagar las tensiones que sostienen atravesamientos de todo tipo entre dimensiones público-estatales y *público-comunes*. Muchas asambleas barriales y fábricas recuperadas que han instalado *público-común* pueden mantener, en relación con el estado, significaciones imaginarias clásicas. Es frecuente escucharles decir que sus emprendimientos no podrían sobrevivir sin conseguir un subsidio del estado. Es decir que al mismo tiempo que inauguran, que inventan espacios y prácticas de lo público común no estatal, el estado estallado sigue generando la ilusión de proveedor.

Cada vez que uno de estos colectivos recibe la oferta de un subsidio

estatal se producen fuertes discusiones. Desde el punto de vista material sin duda les daría más posibilidades. Pero lo que puede constatar es que, en la medida en que ilusionan el amparo estatal, pierden potencia de inventar sus propios recursos. En ese sentido es que decimos que permanentemente en estas experiencias se despliega la tensión entre los espacios *público-comunes* que habilitan, practican y habitan y lo público-estatal.

Cuando el estado ofrece subsidios a estas experiencias autogestivas como un modo de capturar la novedad de estos colectivos, produce dos movimientos simultáneos: opera políticamente para suprimir la incipiente autogestión y al mismo tiempo reinstala el imaginario de que ellos nunca podrán lograrlo por sí mismos.

Sus ofertas generan en los colectivos resistencia pero también seducción. En tal sentido, la novedad no radica en que el estado intente cooptar, disciplinar, desgastar, impedir, vaciar; de algún modo es lo que siempre ha hecho cuando no ha optado por reprimir abiertamente los movimientos que han intentado formas de vivir y de accionar por fuera de lo público-estatal. La novedad estaría justamente en que en medio de una de las crisis más terribles de nuestra historia inventaron *público-común* y que aún hoy persiste en cada uno de esos espacios una voluntad política de horizontalidad y autogestión que cuando puede resiste las estrategias de cooptación.

Ahora bien, aún diciendo esto no nos arriesgaríamos a pensar que esta invención de un *público-común* se establezca en reemplazo de un público-estatal; más bien se trata de una tensión permanente entre ambas dimensiones. Tampoco hemos visto, por lo menos en nuestro país, que los gobiernos –reconociendo la particularidad de estos movimientos– pongan en funcionamiento otros dispositivos que no sean reprimir, judicializar, cooptar, desgastar, etc.

Otra cuestión que nos parece importante subrayar en medio de esta complejidad es que la palabra *común* presenta, de algún modo, la característica de provenir de un linaje *comunitario-libertario* en el que no podríamos encuadrar estrictamente a estas experiencias. Por otra parte, muchas veces este término ha sido usado conside-

rando que la construcción del *común* implica necesariamente una convivencia de grupo con una fuerte impronta de los lazos afectivos que se ponen en juego. Este modo de pensar *lo común* atravesó las experiencias de las comunidades anarquistas de los siglos XIX y XX, de las comunidades hippies de los '60 y de algunas comunidades campesinas en la actualidad. Pero como es obvio, en las formas políticas comunitarias urbanas es mucho más difícil que se cumpla este requisito. Aquí se trata de colectivos donde *lo común* no pasa necesariamente por la convivencia física aún cuando se establezcan formas comunitarias de fuertes enlaces subjetivos.

También es importante resaltar que los *experienciaros* de los que intenta dar cuenta este libro han constituido acciones políticas activas de resistencias a la barbarización que producen las políticas neoliberales de la expulsión social. Así por ejemplo, que una mujer piquetera, en el marco de la miseria extrema, les pida a los estudiantes de la facultad que les enseñen a jugar al ajedrez a los chicos en la ruta, dice de una acción política de resistencia –en acto– a la barbarización. En muchas fábricas se han instalado centros culturales; cuando ese obrero dice “*nunca había ido al teatro y ahora lo tenemos acá todas las noches*” no sólo está apropiándose de un valor cultural de otra clase social –el gusto por el teatro– sino que está inventando otros modos de existencia. Hay algo que no sólo resiste, ya que inventa otro modo de habitar la vida cotidiana. Y esto a nuestro criterio es radicalidad política.

C.S.: *Lo común puede ser pensando también como conjunto abierto de capacidades colectivas, que va más allá del sentimiento grupal y hasta convivencial. Un espacio que potencia lo común puede ser considerado un espacio público. Las asambleas producen público, las fábricas producen público....*

E.I.: Estamos de acuerdo; es muy interesante cómo ustedes están pensando la producción de *lo común* porque toma distancia del sentido convivencial del que veníamos hablando y abre a pensar en la producción de un *público-común* que necesariamente se produce

en estas experiencias autogestivas. En este punto, ha sido central para nosotros poder mostrar a lo largo de los capítulos la enorme capacidad de invención de un colectivo potenciado. Al mismo tiempo, hemos intentado puntuar algunos obstáculos y límites en la capacidad imaginante.

Ahora bien, aquí se vuelve fundamental señalar cómo realizamos algunas operatorias de lectura. En este ir armando algo de lo común que produce público nos parece que hay que poder distinguir y puntuar muchas veces pequeñas acciones, gestos que podrían pasar desapercibidos pero que deslizan de una experiencia a otra y que van armando una cartografía donde pueden encontrarse agenciamientos, conexiones, cruces entre estos colectivos.

En uno de los primeros capítulos contamos cómo durante una asamblea que estaba sesionando en su esquina pasa el camión de la basura y tira bolsas de residuos para que los vecinos las quemem y corten la calle; hay allí –en acto– una transmisión de un saber-hacer piquetero y en ese punto se establece un agenciamiento, una conexión no previsible que instala –de hecho– un rasgo mínimamente identitario entre ambos colectivos: *piquete y cacerola*. Sin embargo, la discusión en las asambleas de eventuales alianzas con el movimiento piquetero dio lugar a interminables y conflictivos debates. Entonces, aquí es importante pensar la diversidad de conexiones por las que se *inventa, se imagina, se hace* ese *público-común* en medio de la multiplicidad de tensiones que los atraviesan. Estas tensiones hay que indagarlas en la singularidad de cada experiencia pero sin omitir que todas ellas se han producido, desde el inicio, armando redes (redes entre asambleas, redes entre fábricas, redes entre asambleas y fábricas, redes entre asambleas, cartoneiros, fábricas, piqueteros, etc.). Que las acciones hayan sido desde un principio en red ha sido fundamental no sólo por la ayuda mutua que pudieran brindarse; más de una vez, una asamblea o una fábrica que estaba en un momento de despotenciación tomaba fuerza de otras experiencias que estaban en alza.

Otra cuestión que quisiéramos remarcar es que si bien nos ha interesado subrayar la *novedad, la invención* de estas experiencias de

ningún modo pensamos que surjan de la nada. No son meramente producto del vaciamiento de la representación que la clase política ha producido en la Argentina; están antecedidas por múltiples y diversas experiencias colectivas que se han realizado a lo largo de todos estos años sin que adquirieran demasiada visibilidad pero que fueron configurando en un plano *infrapolítico* condiciones magnéticas, operando particulares latencias en el sociohistórico, que sin duda han contribuido como *germinal político* a que las experiencias que fuimos a indagar tomaran las formas que tomaron.

Por otra parte, si bien este libro analiza algunas experiencias locales, no puede dejar de mencionarse que éstas se despliegan en un momento político latinoamericano en el que resuenan con muchos otros movimientos. Cada uno de ellos se constituye en su singularidad pero de algún modo, con limitaciones y asedios de todo tipo, van configurando potencias colectivas que presentan un rasgo en común. Producen sus acciones generalmente más allá de los marcos de la representación política y no se agotan en reclamar sino que resisten inventando sus propias condiciones de existencia.

C.S.: *Queríamos preguntarles sobre su condición de investigadores: ¿siguen sintiendo que las herramientas iniciales con las que se acercaron son las mismas, o han sentido más bien que a partir de esta experiencia ya son otras?, ¿cómo afecta esta situación de conexión con la inteligencia colectiva su propia trayectoria como investigadores?, ¿en qué punto los deja esta investigación?*

Ana Fernández: Por mi parte y pensándonos como equipo que realiza intervenciones institucionales una primera cuestión que podría plantearse es que cae la función del especialista. Cuando concurrimos a una institución que requiere nuestro saber-hacer de especialistas, somos nosotros los que aportamos los dispositivos que diseñamos a tal efecto y nuestra capacidad de lectura de lo que acontezca allí con el dispositivo en acción. Nada de esto ocurrió en esta investigación ya que ellos mismos inventaban sus propios dispositivos. Por lo tanto en ningún momento hemos operado

como *especialistas en grupos e instituciones*; ni ellos nos lo pidieron ni a nosotros se nos ocurrió. Les decimos que estamos a disposición, acompañamos el devenir de ellos y en ese devenir también se transforma el nuestro.

Laura Rivera: Nosotros podríamos haber seguido con el objeto de estudio de la investigación anterior, sin embargo cuando se producen los acontecimientos del 19 y 20 rápidamente se armaron subequipos para indagar lo que ocurría. Creo que ir a investigar estos procesos fue todo un posicionamiento político; el trabajar inmersos en esa realidad te obliga a revisar un montón de cosas, te conmociona.

Cecilia Calloway: Hemos tenido que trabajar también con nuestras propias emociones. Muchas veces volvíamos contagiados por el entusiasmo y la alegría con que ellos encaraban su proyecto, otras veces, sobre todo al principio a algunos de nosotros nos daba miedo ir a Brukman. El estar en contacto con sus experiencias nos ha forzado a pensar, a inventar y esto no es algo que uno aprenda en la facultad. No sólo constatábamos su capacidad de imaginar sino que esto también nos estaba pasando a nosotros.

Candela Cabrera: A mí el hecho de investigar asambleas y fábricas me movilizó todo, no sólo lo académico-conceptual; el encontrarte con estos procesos en fábricas y asambleas te fuerza a pensar lo político en todos los ámbitos en los que vos estás. Ellos han puesto en evidencia que nada está dado, que es posible construir las propias condiciones de existencia y esto ha formulado preguntas en cada uno de nosotros.

Ana Fernández: En la modalidad del trabajo colectivo, entre nosotros se han dado buenos momentos de paridad que van a contramano de jerarquías de cátedra. Cuando un integrante del equipo, muy joven, dice algo tal vez al pasar y esto resulta todo un hallazgo, se produce un movimiento que arma complicidades y entre nosotros se esta-

blece una fraternidad que no es propia de las modalidades universitarias clásicas. También me queda una impronta muy fuerte en relación a la infinita capacidad de inventar de un colectivo potenciado; ahí no hay lugar para un "esto no va a ser posible". Estos colectivos construyendo poder de potencia –cosa muy diferente a la ilusión grupal– ponen en acción formas de horizontalidad que construyen intensidades político subjetivas muy difíciles de transmitir en palabras pero que hacen que uno renueve sus apuestas políticas.

Sandra Borakievich: A mí me llamaron la atención básicamente tres cuestiones: cómo en esos espacios podía coexistir productivamente gente que provenía de lugares y formas de pensar tan diversos; la alegría con la que llevaban a cabo sus acciones y, particularmente, algunos antiguos militantes que aportaban toda su experiencia previa pero que no trataban de reproducirla sino muy por el contrario, evidenciaban un profundo trabajo de reelaboración.

Xavier Imaz: Por mi parte hay dos cosas que cambiaron. Una es aprender a trabajar con sentimientos; al ser una situación tan intensa uno siente entusiasmo, simpatía, miedo, enojo, desilusión, pero se trata de seguir pensando; conectarse con una realidad que te moviliza así no es fácil. La otra cuestión que para mí fue inédita es el cambio en la forma de trabajo, es trabajar a velocidad, pensar la inmediatez y esto es sumamente diferente a los tiempos habituales en un equipo de investigación. En otro orden de cosas, me llamó mucho la atención que, en estos modos de hacer política, lo importante no es el debate de las ideas o el ganar la calle sino un accionar político que produce transformaciones en escalas micropolíticas, donde se juega una inmediatez de la acción directa, tal vez con menos deliberación, pero que se construye en un ir haciendo.

Introducción

Ana María Fernández

I.

Los escritos que forman este volumen presentan un nuevo libro de cátedra¹. El anterior, *Instituciones Estalladas*² se publicó en mayo de 1999; seis largos años en cuyo transcurso han acontecido tantas cosas que parece mucho más tiempo.

No somos los mismo/as. Los desfondamientos de sentido que entonces elucidábamos respecto de las instituciones nos han atravesado con toda su contundencia. La universidad pública, hemos dicho, no sólo es pública por no ser arancelada, sino que debe producir pensamiento sobre lo público. Pero ¿qué es hoy lo público? ¿Por qué seguimos en la Universidad? ¿Qué se mantiene de aquellos motivos por los cuales fuimos convocados/as para su reconstrucción con "la vuelta de la democracia"? ¿Queda algo más que gestos de una intelectualidad sensible a las problemáticas sociales e interesada en la participación activa y necesariamente colectiva de la vida académica y política de sus claustros?

Una y otra vez la realidad nos dice que todo eso ha implosionado. El desfondamiento de la política de claustros y su reemplazo por

1. Cátedra I de Teoría y Técnica de Grupos, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

2. Ana M. Fernández y Cols. *Instituciones Estalladas*, Eudeba, 1ª Edición Mayo de 1999. Buenos Aires.

modalidades clientelares, la falta de reflejos institucionales para inventar nuevos modos de gobernabilidad universitaria, el temor y el aislamiento al interior de las cátedras –al menos en la Facultad de Psicología– van erosionando excelencias y libertades democráticas que creíamos habíamos sabido conseguir.

La universidad, agotada como un viejo elefante cansado y desnutrido, no hace nada para retenernos. Más bien todo lo contrario. Sin embargo, allí estamos. Como siempre, a contramano.

A contramano de las profesionalizaciones excesivas que en vez de garantizar excelencias, ponen anteojeras. De las dogmatizaciones de los maestros fundadores que confunden exégesis de textos con fidelidades y reverencias. De demarcaciones disciplinarias que deslizan saberes específicos en territorializaciones de mercado. De pensamientos y prácticas de lo posible que administran y reproducen pobrezas de todo tipo. De políticas que suponen que sus prácticas han de abastecerse de teorías que no admiten que el mundo ha cambiado. De una modalidad de investigación que dice dar cuenta de “fenómenos sociales”, pero que encuentra en sus empirias convalidaciones de lo ya pensado, clasifica revueltas, insurrecciones y movimientos y en sus taxonomías pierde las intensidades de los acontecimientos.

¿Qué hacemos? Resistimos e inventamos. Habitamos estos espacios desvastados inventando en lo cotidiano de las actividades académicas líneas de fuga –tal vez pequeñas– que impidan nuestras propias burocratizaciones. Resistimos e inventamos para poder pensar. Se trata de un pensar que busca abrir problemas más que aplicar teorías; que elucida e indaga a partir de los dispositivos que diseña; que se establece como experiencia necesariamente incómoda en tanto interroga sus propias evidencias; un pensar que se elige desdisciplinario y por lo tanto se despliega en los límites mismos de lo que ignora, que se compone y descompone en circuitos –lo más rigurosos posibles– de problematizaciones recursivas³.

3. Ana M. Fernández, Tesis Doctoral “Las significaciones imaginarias y la producción de subjetividad. Elucidaciones a partir de un dispositivo grupal-institucional”, Facultad de Psicología, U.B.A. Buenos Aires, abril de 2005.

Los sucesos del 19 y del 20 de diciembre de 2001 nos encontraron en medio de una investigación⁴ sobre “grupos vulnerables”. Rápidamente con los/as que estábamos en enero en Buenos Aires formamos un pequeño equipo y fuimos a indagar los cacerolazos que llenaban de ruido y hartazgo los vacíos del colapso; también las asambleas barriales que inmediatamente se establecían en las esquinas de una Buenos Aires que aunque intentara no podría refundarse. A poco de andar nos encontramos con las fábricas recuperadas.

Este libro habla entonces, de asambleas y fábricas recuperadas. Pero también de nosotros/as. De sus intentos de descomponer sus destinos de expulsión, de *sus apuestas colectivas al borde del abismo*. De algún modo, también de las nuestras.

No estamos solos/as. No somos los únicos/as. En el andar a contramano en todos estos años se han ido estableciendo conexiones con muchos otros/as dentro y fuera de la universidad que como nosotros/as apuestan a mutar las grises estrategias de supervivencia en invención imaginante que restituya dignidad a cada quien en la tibieza del estar-hacer-pensar con otros. Y, a veces, es posible, por un instante, hacer del horror, maravilla. Sólo a veces y por un instante. Para quienes hemos dejado atrás los anhelos de trascendencia, como decía aquel anciano en un cacerolazo “*valió la pena*”. En tal sentido, nuestra gratitud a los vecinos y vecinas de las *asambleas barriales* y a los obreros y obreras de las *fábricas sin patrón* que siempre nos recibieron con cordialidad y calidez, quienes abriendo sus espacios en hospitalidad y haciendo un alto en sus actividades, compartieron con nosotros/as sus esperanzas y frustraciones, sus preocupaciones y sus sueños.

Este libro ha sido escrito en medio de adversidades y limitaciones de todo tipo. El quiebre de garantías institucionales –UBACyT es una de sus excepciones– ha sido fuertemente recompensado por el entusiasmo de los equipos que con nula o escasa retribución económica han realizado los trabajos de campo y con quienes hemos

4. Proyecto de Investigación: “Grupos de vulnerabilidad social: Transformaciones en los imaginarios sociales y en las prácticas comunitarias”. Universidad de Buenos Aires Ciencia y Técnica (UBACyT) Código P047, Programación Científica 2001-2003, Directora Ana M. Fernández.

compartido la aventura de pensar. También por los alumnos/as que llegan a la cátedra cuatrimestre tras cuatrimestre y nos alientan con su reconocimiento y valoración.

Gran parte de los capítulos que componen este libro han sido escritos casi al mismo tiempo que los sucesos acontecían. Algunos fueron publicados en ese momento en distintas revistas. Las realidades han cambiado. Tal vez hoy no los escribiríamos así. Pero hemos decidido dejarlos como fueron escritos en su momento, con la intención de dar cuenta de nuestros propios procesos de pensamiento. Otros han sido escritos para esta ocasión y traen la reflexión del tiempo transcurrido. Así, ofrecemos ahora la experiencia de pensar los colectivos que visitamos para su discusión, en el anhelo académico y político de recuperar los hábitos del debate como una forma de encuentro, como una alternativa posible de crear algunas condiciones de posibilidad de los pensamientos y acciones por venir.

Desde el principio, más de una vez en asambleas y fábricas cuando hemos preguntado “¿en qué podemos aportar?” nos han dicho “escriban y difundan”. Así hemos hecho. No establecimos ningún contrato pero creo que nos hemos honrado mutuamente en el don de gratitudes recíprocas que sólo la amistad política funda. No se trata de adherir o identificarse, tampoco de brindar servicios, sino de *estar ahí*, acompañando sus devenires con los nuestros, poniendo nuestras herramientas a disposición.

A partir de ahora estos escritos ya no serán nuestros, sino de quien quiera habitarlos. Puestos a rodar se pondrán a prueba. Quisiéramos que ellos también sean apropiados, recuperados y puestos a producir.

II.

Asambleas barriales y fábricas recuperadas han sido formas colectivas de accionar que se inventan y/o potencian a partir de la revuelta del 19 y 20 de diciembre de 2001. Han desatado fuertes polémicas tanto en lo referido a la novedad de su accionar como en cuanto a su valor como herramientas de transformación social.

Estos escritos no pretenden hacer una caracterización política de estas *apuestas colectivas la borde del abismo*. Tampoco tomar estas experiencias para sentar posición al interior de los debates que atraviesan los pensamientos de las izquierdas desde hace dos siglos. Hemos preferido adentrarnos en las voces, los sueños, las dificultades y conflictos de sus protagonistas; trataremos de dar cuenta de su diversidad y desplegar cómo se fueron sucediendo las acciones que emprendieron, las prácticas que establecieron, las transformaciones subjetivas que les acontecieron.

Estos escritos, si bien por un lado corresponde situarlos en el ámbito de la producción académica⁵, están impulsados por un sostenido anhelo político. Una vez más una pregunta insiste *¿cómo pensar hoy la radicalidad?*

En tal sentido, asambleas barriales y fábricas recuperadas han abierto modos de configuración de sus colectivos desde *dispositivos asamblearios autogestivos* que crearon condiciones de horizontalidad y democracia directa.

Hay que decirlo de entrada. En nuestro criterio, estos procesos autogestivos presentaron –al menos en sus inicios– la particularidad de formar parte de estrategias de supervivencia más que de voluntades políticas de transformación radical de la sociedad. Desde allí han alterado –*situacionalmente*– las naturalizaciones de sentido de la representación política y de las economías y organizaciones fabriles. También han subvertido la vida cotidiana de sus protagonistas. Podría decirse que en tal sentido, son *experienciaríos*. Han inventado sus formas de autogestión y una y otra vez pueden volver a los instituidos que intentaban derribar. He allí su complejidad, su riqueza y sus límites.

¿De qué radicalidad se trata?. Han corrido algunos bordes, han avanzado sobre los límites de lo posible, han actuado en el límite de lo establecido. Tal vez no hayan sido estrictamente voluntades de desobediencia civil, mucho menos insurreccional, sino que su

5 Proyecto de Investigación: “Política y subjetividad: estrategias colectivas frente la vulnerabilización social”. Universidad de Buenos Aires Ciencia y Técnica (UBACyT) Código P052, Programación Científica 2004-2007, Directora Ana M. Fernández.

originalidad posiblemente haya radicado en *atreverse a descomponer sus destinos* de expulsión y/o de empobrecimientos materiales, simbólicos, relacionales. No sólo resisten, también *inventan*, reconfiguran espacios, tiempos, prácticas, vínculos; han juntado aquello que estaba disyunto, han desarticulado mucho de lo que estaba unido. Algunas veces. Nunca para siempre.

Tal vez sean pequeñas líneas de fuga en las territorializaciones de dominio; sus emprendimientos autogestivos no abren el camino seguro a ningún mundo feliz, pero posiblemente *han tensado la heteronomía* de las estrategias biopolíticas de vulnerabilización⁶. Sus protagonistas lo han dicho con toda claridad. En una de las primeras mesas redondas sobre fábricas recuperadas que organizó el Centro Cultural de la Cooperación a principios de 2003, un joven estudiante dijo:

“¡Pero lo que ustedes hacen es Reforma, no Revolución!”. Uno de los obreros que allí estaba contando de su fábrica en vías de recuperación le contestó “¡Pibe, en cada fábrica hacemos una revolución. En la cabeza de cada uno tuvimos una revolución!”

Si asambleas y fábricas actuaron en el límite de lo establecido, abrir pensamiento sobre sus producciones implica pensar en el límite de lo que se sabe. Como decía Gilles Deleuze, *fuerzan a pensar*, a pensar de otro modo algunas cuestiones en el campo de problemas donde se cruzan una y otra vez subjetividades y políticas. Abren el desafío de pensar cómo operan las *lógicas colectivas de la multiplicidad*.

Adentrarse en la complejidad de los *procesos asamblearios* exige desandar algunos imaginarios que suponen dichos espacios colectivos como ordenados foros de debate donde todos hablan, opinan y debaten en igualdad. No ha sido así y bueno es decirlo, mucha de la

6. Ana M. Fernández, Mercedes López: “La vulnerabilización social: tensiones entre la destitución subjetiva y la potencia colectiva” en XI Anuario de Investigaciones, Facultad de Psicología, U.B.A., Buenos Aires, 2003.

potencia de estos colectivos donde habitaron y habitan asambleas barriales y fábricas recuperadas radicó en su aparente caos. Es importante distinguir algunas cuestiones:

- Estos dispositivos asamblearios *disponen* a la igualdad, *habilitan* condiciones de igualdad. Inventan su ley: todos tienen derecho a pedir la palabra y se otorgan el derecho a decidir colectivamente, sea por votación —una persona, un voto— sea por consenso. Al no actuar a través de delegados, estos dispositivos asamblearios deciden actuar a través de incipientes formas de democracia directa.
- Disponer, habilitar condiciones de igualdad no produce, de hecho, *paridades políticas* de sus integrantes. Todos concurren, pero no todos pueden-saben-quieren pensar los problemas que se presentan, en igual medida. No todos pueden-saben-quieren hablar en la asamblea, defender sus argumentos y sostener las críticas u oposiciones a los mismos.
- La voluntad política de *autogestión* y su implementación práctica no deviene necesariamente en *autonomía*, pero posiblemente, como se señalaba líneas arriba, los colectivos abordados han tensado la imprescindible heteronomía de las estrategias biopolíticas de vulnerabilización y sus modos de subjetivación.
- Los procesos autogestivos que inician descomponen la lógica de lo Uno, necesaria en los sistemas de delegación. Las incipientes *lógicas de multiplicidad* que inauguran actúan en permanente tensión con la lógica de lo Uno que insiste en reinstalaciones de todo tipo.

Las históricas estrategias biopolíticas de dominio, sujeción, desigualación, discriminación, exclusión de clase, género, etnia, edad, opción sexual. no desaparecen por el sólo hecho de establecer un dispositivo habilitador. Éste es condición necesaria pero no suficiente. Podemos suponer que la *voluntad de paridad política* tendría que construirse en largos y costosos procesos de potenciamientos personales y colectivos; políticos y subjetivos.

Dice una asambleísta, no casualmente mujer: "había que poder pararse a hablar en una asamblea... Había que poder pararse y sostener lo que se decía... Mucha gente frente a esto, bueno, se termino yendo".

Quienes han ido a ver el film "Grissinópolis" han podido constatar que los procesos de implicación y empoderamiento de dicho colectivo no tuvieron igual curso en todos sus integrantes. Junto a esa mujer trabajadora que expresa con tanta energía y lucidez los problemas que se van presentando, hay otros que permanecen siempre en silencio. Sus rostros adustos expresan preocupación, angustia, miedo y también decisión de no retroceder. Sus cuerpos tensos, en alerta, no se corren un milímetro de sus riesgos y responsabilidades. Son integrantes que no pueden-saben-quieren habilitar su palabra pero, ¿podría alguien suponer que su implicación, su compromiso es menor?

Esta cuestión permite otra distinción. Un proceso colectivo no es más autogestivo porque no tenga líderes sino cuando sus integrantes más protagónicos –siempre los habrá ya que no es deseable homogeneizar para abajo– no se apropian del poder del colectivo, cuando no acumulan para sí el poder-potencia que es de todos. Los liderazgos que se apropian del poder-potencia, construyen sutil o brutalmente, autoritaria o seductoramente poderes de dominio y reproducen una y otra vez modos de sujeción.

Otra cuestión que interesa plantear para su reflexión es la necesidad de deslindar la necesaria elucidación de los modos de construcción política de estos espacios –con sus logros y límites– de la crítica por no haber podido concretar los sueños de algunos imaginarios políticos. Interesa detenerse en dos de ellos ya que insisten en diferentes modos de decretar que las asambleas barriales han muerto, que las fábricas recuperadas son inviables, que los movimientos de desocupados han sido todos cooptados por el clientelismo.

Uno de ellos, desplegado particularmente por los medios de comunicación masiva, e incluso por muchos asambleístas desalentados, es aquel imaginario social que supuso que salir a la calle con las cacerolas al grito de "que se vayan todos y no quede ni uno solo"

y establecer las asambleas en las esquinas de la ciudad, permitiría sacar literalmente a la "clase política" de sus lugares institucionales y que desde las asambleas surgirían los nuevos políticos y gobernantes. Este tomar la consigna en su literalidad implicó considerar que –al no cumplirse esto, particularmente con las elecciones de 2003– el movimiento asambleario había fracasado. Decretado su final quedan en invisibilidad las *mutaciones de los devenires asamblearios*, sus actuales emprendimientos a contramano y en desigual pulseada con la representación, el clientelismo, el mercado y el estado. Probablemente hoy no sean noticia. Esto no significa que por fuera de la lógica del espectáculo aquellos colectivos que resisten disoluciones y asedios sostienen un accionar que con limitaciones de todo tipo persiste en su voluntad autogestiva.

El otro imaginario construyó la ilusión de que a partir de diciembre de 2001, asambleas, fábricas, movimientos de desocupados y de campesinos autogestivos daban cuenta de que había comenzado un movimiento emancipatorio autonomista en la Argentina que podía –articulado en red con otros movimientos como los Sin Tierra, los zapatistas, los jóvenes altermundistas– participar de los movimientos anticapitalistas mundiales. Agotados imaginarios y prácticas políticas de la emancipación "por arriba" –con sus vanguardias y asaltos a palacios de invierno equivalentes– se iniciaba o potenciaba una nueva modalidad emancipatoria, destinada a evitar –ahora sí– los errores de los movimientos emancipatorios modernos.

La precariedad de los proyectos autogestivos realmente existentes, la falta de disposición en muchos de ellos a radicalizar sus acciones e ideas y/o que estuvieran animados desde estrategias de supervivencia frente a la pobreza extrema más que por voluntades políticas de transformación radical de la sociedad, desilusionaron también a muchos.

En ambas situaciones se confunden las experiencias concretas con una autogestión teórica, ideal, perfecta. Luego se deja de prestar atención a las experiencias porque no responden a *la idea* y presentan innumerables limitaciones. Así son los sueños. No está mal

soñar, muy por el contrario, ensoñar mundos de pares políticos es una ilusión que muchos/as compartimos. Tampoco se trata de dejar caer tales experiencias en escepticismos que sólo llevan a soledades políticas. Se trata simplemente de no suponer que estas realidades que *otros* intentan denodadamente construir, deban cumplir *nuestros* más bellos sueños.

Buenos Aires, noviembre de 2005

PRIMERA PARTE